

Viejas cartas de América

JOSÉ AGUSTÍN GOYTISOLO

La persona que deja su tierra para fijar su residencia en otra no es, salvo contadas excepciones, un aventurero, alguien que busca emociones en nuevos lugares desconocidos. El que emigra lo hace movido por el ansia de encontrar mejor trabajo, poder ahorrar, reclamar a los suyos para que le sigan o bien pensando que, si se enriquece, podrá regresar a la ciudad o al pueblo que abandonó al emprender el exodo.

En nuestra época, y sin movernos de España, hemos podido ver emigraciones masivas de compatriotas nuestros desde las zonas deprimidas económicamente –Andalucía, Extremadura, Galicia, las dos Castillas– hacia ciudades y regiones más desarrolladas en las que se precisaba mano de obra: Madrid capital, País Vasco y Cataluña, principalmente.

La oleada emigrante saltó después la frontera, y se desparramó por diversos países de Europa occidental. Millares de españoles halla-

ron mejores sueldos o lograron salir del hondo pozo del paro –estacional o permanente– en el que en su propia tierra estaban sumidos. No pudimos ver tan claramente a los que marcharon a América, que los hubo, pues su número fue menor, quizá por la situación difícil que atravesaban los países latinoamericanos, quizás también por lo costoso que resultaba el viaje para el bolsillo semivacío del emigrante.

Muchas veces se ha narrado la colonización española de América, pero muy pocas, y poco detalladas, se han contado las vivencias, el espíritu de los emigrantes. Se sabe que cruzaron el Atlántico en busca de fortuna los más de ellos, o de gloria y afanes misioneros algunos otros. Pero se conocen muy someramente sus reacciones, sus trabajos y sus desvelos una vez instalados en el Nuevo Continente.

Los cronistas de Indias y los historiadores cuentan los descubrimientos, las conquistas, las batallas, las costumbres de los aborígenes, y también la geografía, la flora y la fauna de aquellas tierras. Pero cuando hablan de nuestros compatriotas se refieren casi siempre a los caudi-

llos, a los gobernadores, a las autoridades civiles o religiosas, es decir, a la gente notoria, a la que destaca por algún hecho de armas, de colonización o de predicación religiosa. Pero el español de a pie, el que se asentó en una tierra y la cultivó y el que se dedicó a la industria o al comercio

**MUY POCAS VECES,
y poco detalladas,
se han contado
las vivencias, el espíritu
de los emigrantes**

en ciudades ya fundadas, aparece muy de refilón en algunos relatos.

Un volumen recién publicado en Sevilla que contiene seiscientas cincuenta cartas de emigrantes españoles a Indias, compiladas por Enrique Otte y prologadas por Ramón Carande, revela al auténtico sentir de aquellas gentes instaladas en América a los pocos años del descubrimiento. La mayoría de tales car-

tas están fechadas entre 1550 y 1600, y se han podido recuperar, en el Archivo General de Indias, gracias a que en los expedientes de solicitud de licencias de emigración los nuevos emigrantes adjuntaban las cartas de sus familiares de América, que los reclamaban para que cruzaran también el océano y así poder reunirse con ellos y recomponer la familia.

Son cartas tristes: el emigrante, aunque casi siempre declare que su fortuna y su rango social han mejorado, intenta convencer a los suyos –mujer, hijos, hermanos, sobrinos, primos y hasta, es de suponer, ancianos padres– para que pidan licencia de emigración y se embarquen. Las misivas están llenas de nostalgia por los seres queridos, y expresan tristeza y soledad. Los que no quisieron o no pudieron formar una nueva familia en las tierras conquistadas, pero que no desean volver a su anterior miseria peninsular, dictaron a los escribanos estas cartas emocionantes, llenas de amor y de extrañamiento, de desarraigamiento y de melancolía. Las cartas de los emigrantes españoles de estos últimos años no deben ser muy distintas. ●

JOSÉ AGUSTÍN GOYTISOLO,
escritor